

II. HACIENDO COMUNIDAD

*Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar pronto ni solo,
sino llegar con todos y a tiempo.*

León Felipe

1. Introducción

Al referirnos a la fraternidad nos topamos sin duda con una realidad básica, tanto desde el punto de vista creyente como desde el simplemente humano y, para cercionarse de ello, basta con acercarse a la doctrina de las principales religiones o al ideario de la Revolución Francesa. La comunión con los otros es una de esas aspiraciones profundas de toda persona que, sin embargo, parece un ideal inalcanzable para el que hoy nos sentimos, además, especialmente atrofiados.

La literatura, el pensamiento y la cultura popular se hacen eco de este apasionante dilema: "el infierno es el otro", "dicen que el hombre no es hombre hasta que ha oído su nombre en boca de una mujer", "el hombre es un lobo para el hombre", "el otro nos constituye como personas", "no es bueno que el hombre esté solo", "mas vale sólo que mal acompañado", "cada cual en su casa y Dios en la de todos", etc. Esta paradoja ha sido bien expresada por la copla: "Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio, contigo porque me matas, sin ti porque yo me muero".

Hemos nacido, normalmente, como fruto de una experiencia de amor entre dos personas y, sin embargo, arrastraremos siempre la herida de la soledad última que acompaña a todo ser humano y que nos incita, más allá de cualquier fracaso, a encontrarnos en profundidad con otras personas. Sin duda, la soledad es necesaria e incluso muy conveniente en ciertos momentos de la vida pero, lo que parece fuera de toda duda, es que la falta de relaciones amorosas, el aislamiento afectivo, frustra radicalmente nuestra capacidad para desarrollarnos como seres humanos.

Desde luego, el asunto de la fraternidad se encuentra en el meollo de la religión cristiana. En efecto, la predicación de Jesús tiene por centro la inminente llegada del Reino de Dios que, según coinciden los especialistas, consiste en el establecimiento entre todas las personas (sin exclusión) de un tipo de relaciones cargadas de cariño y ayuda mutua, que están alimentadas por la experiencia misericordiosa de un Dios que es nuestro padre y siente ternura por sus hijos.

Esta reflexión, que pretende clarificar el significado cristiano de la fraternidad para ayudarnos a vivirla más plenamente, se desarrollará en cinco etapas. Aquí solo reproducimos la primera en la que se precisan las notas distintivas de la fraternidad

cristiana. En otro momento veremos otras cuestiones más prácticas y comprometidas. Este capítulo puede ser un poco teórico o dar la impresión de que la fraternidad es algo demasiado ideal, demasiado alejado de nuestra realidad llena de defectos. Sin embargo, es la utopía la que nos hace caminar hacia el horizonte. De lo que se trata es de sacar las cuestiones claves del tema y hacer que provoquen nuestra experiencia.

2. Qué es y qué no es la fraternidad cristiana

Al intentar describir eso que llamamos fraternidad, los cristianos corremos dos riesgos. Por una parte podemos rebajar el concepto, llamando fraternidad a cualquier cosa, bien porque nos sintamos incapacitados para vivir la propuesta de Jesús en su integridad, bien porque prefiramos cambiar el vocabulario eclesial antes que la propia realidad de nuestra Iglesia, bien porque no queramos asumir la carga de virulencia y herejía cultural del término y aspiremos a homologarle, sin más, con la versión moderna e ilustrada del mismo.

En otro plano, parece asimismo evidente el peligro de intentar definir el amor, delimitando sus notas y propiedades, volviendo así a caer, de nuevo, en la tentación del legalismo fariseo que pretende neutralizar nuestras inseguridades psicológicas o satisfacer los deseos de perfeccionismo moral. Que las cosas importantes de la vida no admiten una definición precisa, o que ésta puede incluso llegar a matarlas, es algo que sabía muy bien Jesús de Nazaret que prefirió "pasar haciendo el bien y hablar en parábolas" a desarrollar una rigurosa dogmática.

No obstante, el amor entre los hermanos, maravilloso para el autor del Salmo 133, tiene dos criterios estructuradores en el Evangelio que no podemos olvidar: "amar al prójimo como a uno mismo" (Mc 12, 31) y "amaros los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12), que a su vez remite a "como el Padre me amó" (Jn 15, 9). Sin duda en esto se resumen la Ley y los Profetas. Por el primer principio, cualquier amor humano nos puede enseñar algo sobre la fraternidad; por el segundo, podemos sospechar que en ella se esconde algo absolutamente novedoso y radical que trasciende nuestras habituales reglas del juego y nos sitúa en el ámbito de la entrega total del Señor Jesús.

Así, la intimidad y comunicación dentro de la pareja, la generosidad del amor de los padres hacia sus hijos, la vida compartida entre los hermanos, el intercambio gozoso de los amigos o la lucha transformadora de los camaradas, sugieren muchos de los ingredientes de la fraternidad. No olvidemos, que el lenguaje del amor familiar o matrimonial es utilizado con frecuencia en las Escrituras para expresar quien es Dios o la relación que se da entre Cristo y la Iglesia. Y, con todo, la fraternidad es un "amor diferente".

En las experiencias amorosas que han sido mencionadas, la iniciativa procede de cada persona, y en ellas se realiza una selección de los destinatarios del amor conforme a las afinidades e intereses de quien elige. Así, naturalmente, el enamoramiento es selectivo, como lo es el amor paterno o materno y como también ocurre con la amistad o la alianza política o económica. Por el contrario, la llegada del Reino de Dios introduce varias novedades esenciales en el sistema de las relaciones

humanas. En primer lugar, es *Dios quien produce la fraternidad* al ser Padre de todos y amarnos con locura. De ahí que la fraternidad no surja tanto por esfuerzo, como por la aceptación del dato básico de que todos los hombres somos hermanos y en eso radica nuestra mayor dignidad. De ahí que yo no elija según mis gustos o intereses a mis hermanos en la fe; a todos nos llamó Jesús y por eso cabe decir con las bellas palabras de José Luis Pérez: "Dios me dio hermanos". Y esto es así, aunque mi comportamiento práctico niegue todos los días la hermandad fundamental que existe entre los hombres porque conlleva un compromiso de solidaridad que nos llega a resultar insoportable.

En segundo lugar, hay que destacar que *la fraternidad no es excluyente* como tienden a serlo otras formas de amor. Por eso Jesús de palabra y de obra acogió permanentemente a los expulsados de la sociedad, denunciando además cualquier tipo de discriminación. Como sabemos, esta escandalosa forma de actuar fue una de las razones básicas de su ajusticiamiento. Y es que para que pueda darse una relación fraterna han de recuperarse y curarse todos los que son pobres en algún sentido, empezando por el material o económico. Sólo al volcarnos eficazmente hacia los pobres creamos las condiciones de justicia necesarias para que las palabras del amor no resulten sangrientas o macabras.

Por último, no podemos pasar por alto que la práctica de la fraternidad fue señalada por Jesús como *la mediación fundamental para encontrarse con Dios*. El evangelio de Mateo es concluyente al respecto: "Tuve hambre y me disteis de comer..." (Mt 25, 31-46). "Quien dice que ama a Dios a quien no ve y no ama a su prójimo a quien ve miente" manifiesta por su parte con claridad la Primera Carta de Juan (1ª Jn 4, 2). No cabe, pues, apelar a algún tipo de amor genérico o universal que nos evite tener que responder a las necesidades concretas de nuestros prójimos cercanos. También, por tanto, es la fraternidad el criterio de verificación de la autenticidad de la fe: "en esto conocerán que sois mis discípulos" (Jn 13, 35).

En consecuencia, para entrar en la fraternidad no hay que hacer un concurso de méritos porque todos estamos invitados al banquete. Se trata mucho más de aceptar un cambio del corazón y la mirada, que de llevar a cabo una acumulación de tareas y deberes. No es extraño que ante esta propuesta de generosidad tan extremada los discípulos contestaran "entonces ¿quién podrá salvarse?" (Lc 18, 26). Hoy como ayer, la esperanza consiste en que "lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (Lc 18, 27).

Entre los múltiples relatos en los que el Nuevo Testamento se refiere a la fraternidad, destacan los conocidos sumarios de la vida de las primeras comunidades, recogidos en los capítulos 2 y 4 de los Hechos de los Apóstoles. Ellos nos permiten precisar un poco más en nuestra búsqueda. Lo que hace una fraternidad cristiana básicamente es *compartir la oración, los dones y bienes de sus miembros, el anuncio y realización de la liberación que llega con el Reino y la celebración de la memoria y la presencia de Jesús en la Eucaristía*. De este modo, Jesús se hace presente en el medio de la comunidad, la guía, la alimenta, la estimula y continúa su causa a través de ella. Y en este proceso se llegan a crear unos lazos que, nacidos de la fe, pueden llegar a ser más fuertes que los de la carne e, incluso, que la misma muerte.

En la comunidad, los llamados y reunidos por Jesús para continuar su misión salvífica en la historia, se ven impulsados a poner en común toda su vida, inspirada ahora por el Espíritu Santo, tratándose entre sí verdaderamente como hermanos: "Tenían un sólo corazón y una sólo alma", y por eso ... "lo ponían todo en común y nadie consideraba suyo lo que tenía" (Hch 4, 32). Los cristianos se tendrían que caracterizar, pues, por una actitud centrada en compartir lo que son y tienen (fe, cualidades, ideas, sentimientos, experiencias, bienes, etc) para, de este modo, capacitarse para servir a todos los hombres. Al haber acogido el amor de Dios surge un fermento que tiende a expandirse de forma natural como sabemos que ocurrió en los orígenes del cristianismo. Este es el enorme valor de la fraternidad: *no podemos encontrar mejor signo e instrumento del amor de Dios que verlo actuar, palpable y humildemente, en un grupo de seguidores de su Hijo*. El grupo creyente anticipa modesta pero realmente aquello a lo que está llamada la humanidad entera. Si la Iglesia quiere ser fiel a su misión habrá de configurarse fraternalmente. Y lo cierto es que, cuando algo de esto se puede experimentar, uno descubre la enorme alegría que trae el Reino.

Pero esta imagen idílica e indudablemente seductora de la comunidad, siendo verdadera, resulta por otra parte sumamente peligrosa para nosotros, porque olvida mencionar al menos tres cuestiones de extraordinario alcance: *la dificultad de lograr la comunión entre quienes somos profundamente diferentes, nuestras limitadas capacidades para amar y el influjo negativo del egoísmo que amenaza permanentemente a todas las causas colectivas*. No es extraño que todos los escritos de Pablo se orienten a mantener la llamada a la unidad de la comunidad cuando lo que se percibe es la enorme dificultad de vivirla y la tentación permanente -entonces como ahora- era renunciar al ideal o acercarse a él a base de leyes y normas. La Biblia es enormemente realista cuando, junto al anuncio del proyecto de Dios para los hombres, pone de relieve que la historia de Israel como la de nuestra propia Iglesia está llena de traiciones y abandonos.

Más aún, nuestros fracasos en el amor pueden ser acontecimientos de gracia en lugar de motivo para el desánimo si nos hacen más humildes, más sensibles, más confiados en el Señor, más tolerantes con los demás, más agradecidos con lo que tenemos, más alegres y menos pretenciosos... Los creyentes no son de aquellos que no se equivocan, sino de los que, arriesgándose a equivocarse eligiendo un camino difícil, se saben acompañados y queridos siempre por el maestro que les precede.

Recuperando este sano realismo, cabe decir que hacer comunidad *consiste también en poner en común nuestras dudas, carencias, defectos, cansancios, manías, heridas, traumas, egoísmos y pobreza*s. Aquí se encuentra el inevitable momento de cruz que tiene cualquier experiencia de amor y, en particular, las que se inspiran y alimentan en el de Jesús de Nazaret. Pero, de este modo, la fraternidad puede llegar a ser una buena noticia para los pobres y sencillos en lugar de una propuesta para los "creyentes de élite". La comunidad consciente de su pobreza necesita de "amor y humor" al mismo tiempo, pues sabe de qué barro está hecha y quién la sostiene en último término.

Todo lo que hemos señalado hasta ahora nos remite, por último, a cinco dinamismos nucleares de la fraternidad cristiana que resultan ciertamente paradójicos:

* En la comunidad todo el mundo *ha de ser acogido, aceptado y valorado* de un modo incondicional como Dios hace con todos nosotros aunque, a su vez, *el Evangelio nos exija a cada uno una conversión* radical y permanente del corazón que se traduzca en la entrega del conjunto de la vida a la causa del Reino.

* En la comunidad *todos deben aportar los dones que posean* para el bien común sin guardarlos para si, a la vez que todos necesitan recibir algo de todos los demás. Y ,sin embargo, el dinamismo de esta comunicación *jamás será el del intercambio contractual* en el que lo que doy ha de ser equivalente a lo que recibo, sino el de la mutua entrega surgida del seguimiento del Señor.

* Aunque la comunidad se construye indudablemente desde la *libertad individual*, sus miembros establecen unos lazos tan profundos que *forman realmente un cuerpo* en el que cada uno forma parte de la vida del resto (Rom 12, 4-5). Nadie puede excusarse como Caín diciendo "¿Soy acaso el guardián de mi hermano?" (Gen 4, 9). Pablo lo dirá con enorme sencillez: "hemos sido liberados para amar" (Gal 5, 13).

* Si la fraternidad consiste en una relación de encuentro y comunión entre los que siguen a Jesús, *su meta no consiste en todo caso en establecer una burbuja de autogratificación*. Por el contrario, la comunidad -como su maestro- *existe para los demás*. El servicio a los pobres y la constante vuelta al Evangelio son la verdadera fuente de unidad y no la búsqueda de la mutua satisfacción.

* La *afirmación de la comunión* es tan importante para la comunidad como la *defensa de la pluralidad* entre sus miembros (1ª Cor 12, 4-11). De ahí que no sea válido cualquier medio para alcanzar la unidad, sobre todo si atenta contra la libertad de las personas. El conflicto será un elemento permanente de la vida comunitaria que puede ayudar a su enriquecimiento.

3. Algunas preguntas para dialogar

- *Subraya aquellas ideas que te hayan parecido oportunas para el momento que estáis viviendo.*
- *¿Qué destacarías tú como lo más importante de lo dicho arriba?*
- *¿Qué crees tú que es aplicable al grupo y cómo se podría hacer?*

Intenta no ser teórico y demasiado idealista: aterriza. Pero tampoco seas demasiado realista y fatalista: sé capaz de soñar y de disponer tu corazón para cambiar.